cución inaugurada en 303. Parece difícil atribuirlo a un moribundo, y así más bien se estima como un acto de Licinio concertado con Constantino con objeto de preparar la restauración general de la tolerancia; es una preparación próxima del edicto que bien pronto habían de publicar ambos.

Hemos pasado revista a los actos legislativos que pueden calificarse como anticipaciones al edicto de Milán, y de ella resulta que tanto Alejandro Severo como Galiano dieron al cristianismo el estatuto legal que el edicto de 303 suprimió y que fué restablecido por el de 311. Después de éste, queda a los cristianos el recuperar la propiedad eclesiástica confiscada y obtener una libertad que no se halle limitada por la benevolencia de la política y las instables exigencias del orden público. El edicto de 311 es una restauración en que el legislador da y retiene, una clemencia concedida de mala gana, una concesión forzada, avara y precaria aún. El edicto de Milán en 313 tendrá el mérito de ser plenamente y sin reservas una «liberalitas».

El edicto de Milán

Majencio, que reinaba en Roma, se permitió derribar las estatuas de Constantino, hecho que éste estimó como una injuria y como una declaración de guerra, dirigiéndose en seguida hacia los Alpes a la cabeza de su ejército. Un día durante la marcha vió en el cielo, probablemente en la Galia, y sus soldados la vieron con él, una cruz brillante como el sol, que ostentaba esta inscripción *In hoc signo vinces*. La noche siguiente se le apareció en sueños Jesucristo ordenándole que hiciese construir, bajo el modelo de esa cruz, un estandarte que sería llevado a la cabeza del ejército: ese fué el «Labarum» que se convirtió en divisa imperial. Eusebio, relator de ese hecho extraordinario, lo refiere así:

"Mientras que el emperador rogaba orando, una señal maravillosa le fué enviada por Dios. Si algún otro lo hubiera referido, sus oyentes lo creerían difícilmente. Pero como algún tiempo después el victorioso Augusto me lo relató a mí mismo, cuando llegué a su intimidad, y me lo confirmó con juramento, quién podrá ponerlo en duda? El me confesó haber visto con sus ojos, en pleno día, cuando ya el sol se inclinaba al horizonte, aparecer el trofeo de la cruz en los cielos encima del sol, con esta inscripción: "In hoc signo vinces", "Por este signo vencerás". Esta aparición le llenó de estupor así como a los soldados que le seguían y que fueron testigos de ella. Se preguntó qué significaba el fenómeno y pensó en él largamente. Después cayó la noche y durante el sueño, Cristo se le apareció con el signo que se había visto en los cielos, ordenándole hacer una imitación de él, que le serviría de saludable protección en los combates".

Convencido Constantino por esa doble visión de la verdad del cristianismo, al que aun no pertenecía, hizo inmediatamente construir un estandarte representando la cruz con el monograma de Cristo (XP), y después continuó la marcha en pos del emblema sagrado.

Los dos ejércitos enemigos libraron batalla no lejos de la capital del mundo, cerca de Puente Milvio; en ella Majencio, a pesar de la superioridad de sus tropas fué derrotado y pereció ahogado en las aguas del Tíber, entrando el vencedor triunfante en Roma entre las aclamaciones de toda la población, cristianos y paganos, que odiaban a Majencio por sus crímenes y disolución desenfrenada.

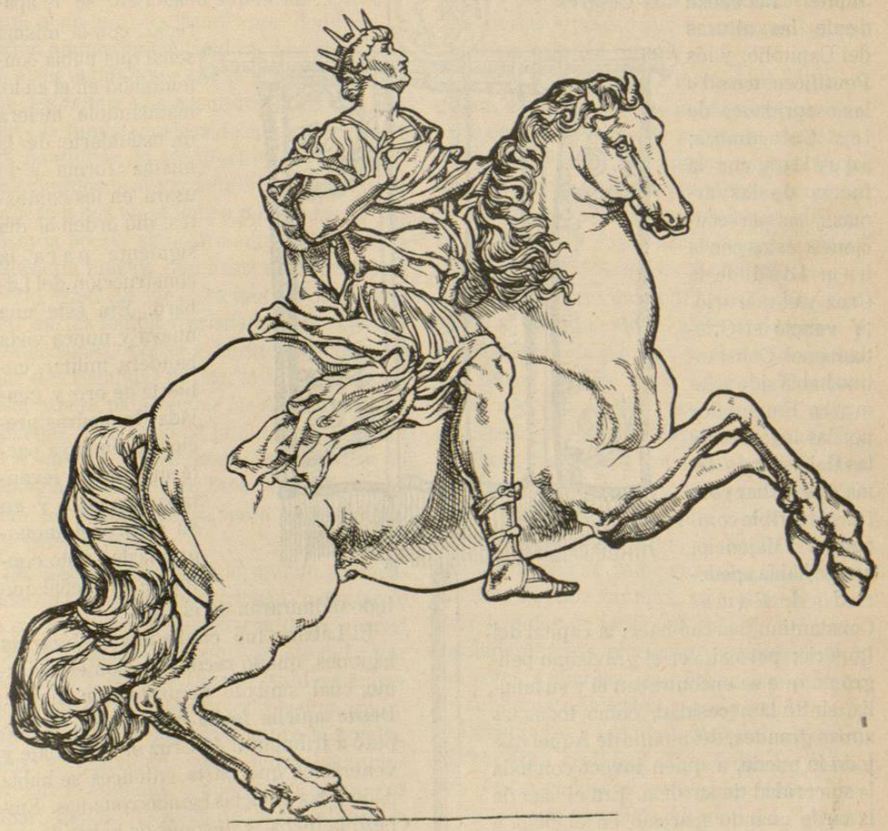
Algunos meses más tarde apareció el célebre edicto de Milán (Enero de 313), firmado por Constantino y su amigo Licino: en él

se daba a los cristianos una plena libertad religiosa y se ordenaba la restitución inmediata a las iglesias, de los bienes confiscados, salvo el derecho de recurrir al Estado por parte de los adquirentes, para ser indemnizados. Daza, obligado por sus colegas, hizo cesar la persecución, y por todo el imperio se extendió la paz que vino a hacerse más completa y efectiva en 323 cuando Constantino, vencido el envidioso Licinio, en la célebre batalla de Andrinópolis, se convirtió en único señor del mundo.

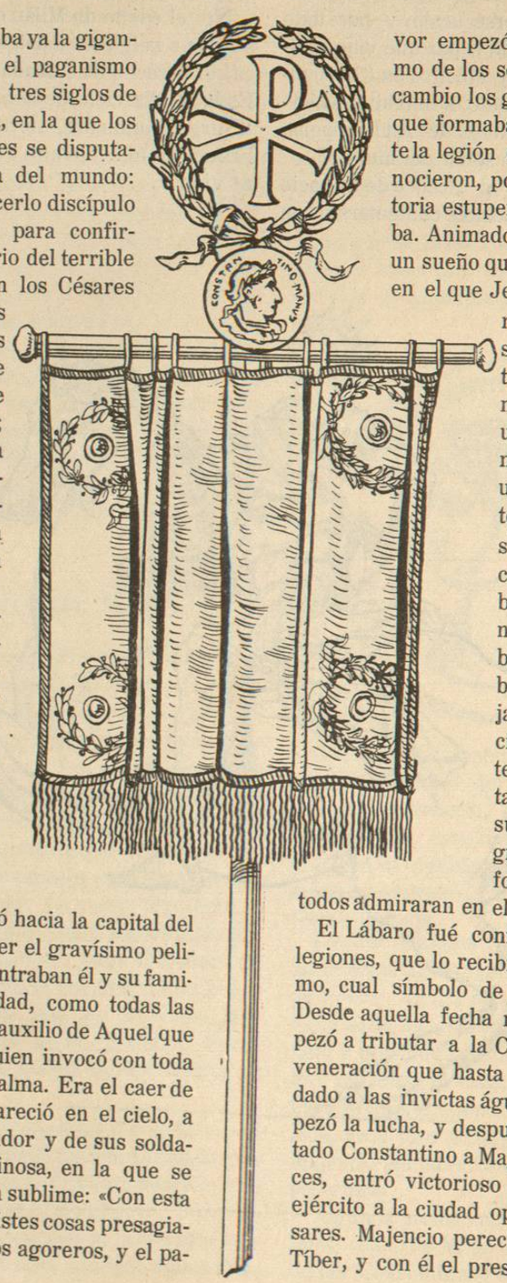
Es difícil exagerar el alcance de un acto semejante. No es posible contentarse con ver en él, como algunos historiadores, un simple complemento del edicto de Galerio y mediante el cual los cristianos eran vueltos por una especie de "restitutio in integrum" a la situación en que se encontraban antes de la persecución.

No; el edicto de Milán es el estatuto legal que da a la iglesia existencia ofical y pública, el derecho de ciudadanía en el mundo. Es la realización de la profecía de Isaías: "Surge, illuminare, Jerusalem, quia venit lumen tuum....Leva in circuitu oculos tuos, et vide.....

F. T.



CON ESTA SEÑAL VENCERAS



Tres siglos duraba ya la gigantesca lucha entre el paganismo y el Cristianismo; tres siglos de formidable guerra, en la que los Papas y los Césares se disputaban la conquista del mundo: aquéllos, para hacerlo discípulo de Cristo; éstos, para confirmarlo en el imperio del terrible Júpiter. Luchaban los Césares desde las alturas del Capitolio, y los Pontífices desde las oscuridades de las Catacumbas; aquéllos con la fuerza de las armas y las persecuciones; éstos con la humildad de la Cruz y el martirio. ¡Y venció el Cristianismo! Constantino había sido aclamado Emperador por las legiones de las Galias; mas tenía que luchar contra su terrible competidor Majencio, que se había apoderado de Roma. Constantino marchó hacia la capital del Imperio; pero al ver el gravísimo peligro en que se encontraban él y su familia, sintió la necesidad, como todas las almas grandes, del auxilio de Aquel que todo lo puede, a quien invocó con toda la sinceridad de su alma. Era el caer de la tarde cuando apareció en el cielo, a la vista del Emperador y de sus soldados una Cruz luminosa, en la que se leía esta inscripción sublime: «Con esta señal vencerás». Tristes cosas presagiaron a Constantino los agoreros, y el pavor empezó a cundir en el ánimo de los soldados paganos. En cambio los guerreros cristianos, que formaban en su mayor parte la legión de Constantino, conocieron, por esta señal, la victoria estupenda que les esperaba. Animado el Emperador con un sueño que tuvo por la noche, en el que Jesucristo se le apareció, con la misma señal que había contemplado en el cielo, mandándole hiciera un estandarte de la misma forma y lo usara en los combates, dió órden al día siguiente para la construcción del Lábaro. Era éste una nueva y nunca vista bandera militar, cubierta de oro y cuajada de piedras preciosas, en cuya parte superior se levantaba una cruz, y en su centro el monograma de Cristo, conforme a la señal que todos admiraran en el cielo.

El Lábaro fué confiado a las bizarras legiones, que lo recibieron con entusiasmo, cual símbolo de protección divina. Desde aquella fecha memorable, se empezó a tributar a la Cruz el homenaje y veneración que hasta entonces se había dado a las invictas águilas romanas. Empezó la lucha, y después de haber derrotado Constantino a Majencio, por tres veces, entró victorioso con su aguerrido ejército a la ciudad opulenta de los Césares. Majencio pereció en las aguas del Tíber, y con él el prestigio de las águilas

romanas, que no extenderán más sus alas sobre los ejércitos del Imperio.

Constantino, después de estas espléndidas victorias, expidió un decreto general de tolerancia, en favor de los cristianos; mas no contento con esto, dió el célebre Edicto de Milán, el año de 313.

El Cristianismo había alcanzado magnífica victoria: la victoria de su libertad. Y consiguió este triunfo en la Cruz y por la Cruz; porque a la Iglesia, antes que a Constantino, le fueron dichas aquellas palabras: «Con esta señal vencerás».

La Iglesia, libre de las persecuciones, salió de las lobregueces de las Catacumbas, se presentó al mundo rebosando vida y hermosura, y empezó a difundir por doquiera su acción altamente civilizadora. Las ciencias y las artes acudieron a ella para recibir la vida que les faltaba. La escultura lloró con ella sobre la tumba gloriosa de sus mártires y de sus pontífices; la arquitectura levantó templos suntuosos al verdadero Dios; la pintura empezó á dar en el lienzo pinceladas de paraíso; la poesía se postró ante el Dios de la belleza; la música, que hasta entonces había vivido triste en las Catacumbas, dejó escuchar en los templos cristianos sus variadas producciones, bellas y hermosas, cual cascada de cristalinas perlas; la Filosofía inclinó la cabeza para recibir las aguas del Cristianismo, y se llenó de júbilo al ver ante su vista nuevos y extensos horizontes; y la Teología, la ciencia de Dios, extendía sobre todas su divino manto, para comunicarles luz, calor y vida.

La Iglesia presentose al mundo acompañada de tan espléndido cortejo, ostentando en su frente los resplandores de la verdad y en su corazón el fuego sagrado del amor de Cristo. Y con la Cruz por bandera empezó a ejercer, de manera eficacísima, su influencia sobre la sociedad, sobre la familia, sobre el individuo, sobre todos los ramos del saber humano. Y fué la Cruz, fué ese Lábaro bendito la señal de los triunfos de la Iglesia. La Cruz la iluminó en las obscuridades de las Catacumbas, le dió fuerzas en el martirio, y la hizo triunfar del paganismo y de las persecuciones; fué la Cruz la que libró al mundo de las herejías y errores de los primeros siglos; fué ella la que salió al encuentro de los salvajes del Norte, cuando invadieron la Europa, y la que los convirtió a la Fe de Cristo; fué la Cruz quien hizo que los monasterios fueran emporios de saber y verjeles de pureza; la que hizo germinar en el mundo la verdadera civilización y el progreso verdadero; fué la que devolvió sus dulzuras al hogar, sus derechos a la mujer y su dicha á la familia; fué quien quebrantó las cadenas del esclavo; la que brilló en Lepanto con fulgores de gloria y atravesó el Atlántico con destellos de esperanza; la que marcó y seguirá marcando a todas las naciones el derrotero de la felicidad y de la dicha; aquella, en fin, en la que han cifrado sus glorias y puesto sus esperanzas las generaciones de XX siglos.

Y esa Cruz bendita, a cuya sombra consiguiera el gran Emperador las victorias más estupendas, vive en el recuerdo de la humanidad, vive en las áureas páginas de la Historia, vive en los monumentos, vive en el Cristianismo. A su sombra sigue luchando la Iglesia; y suyas serán las guirnaldas, suyos los laureles, suyos los triunfos.

Y ahora, como en el 313, la Cruz se presenta al mundo, entre nimbos de gloria y resplandores de paraíso, y dice a las naciones todas: «In hoc signo vinces», «Con esta señal vencerás». Pero casi todas las naciones, con el estúpido orgullo de nuestros tiempos, desprecian esa señal bendita, para acogerse a la protección del paganismo. Por esto el ateismo, la anarquía y el socialismo las devora; y sólo cuando acudan a la Cruz, cuando llenas de valor empuñen el Lábaro sublime de Constantino, sólo entonces podrán triunfar de todos sus enemigos y serán verdaderamente gloriosas y grandes. ¡Que los votos ardientes, que hacen en este año de sublimes recuerdos y gratitud ardiente, el Décimo Pío y toda la Iglesia se traduzcan en hermosa realidad! ¡Que todas las naciones comprendan el gravísimo deber que tienen de dar completa libertad a la Iglesia; y que todas, todas sin excepción, postrándose reverentes ante la Cruz de Cristo, exclamen llenas de entusiasmo:

O Crux ave spes unica!

PBRO. BENIGNO ESQUIVEL.

LA VICTORIA DE CONSTANTINO

La persecución de Diocleciano fué de las más crueles y violentas que tuvieron que sufrir los primeros cristianos, siendo casi infinito el número de sus víctimas.

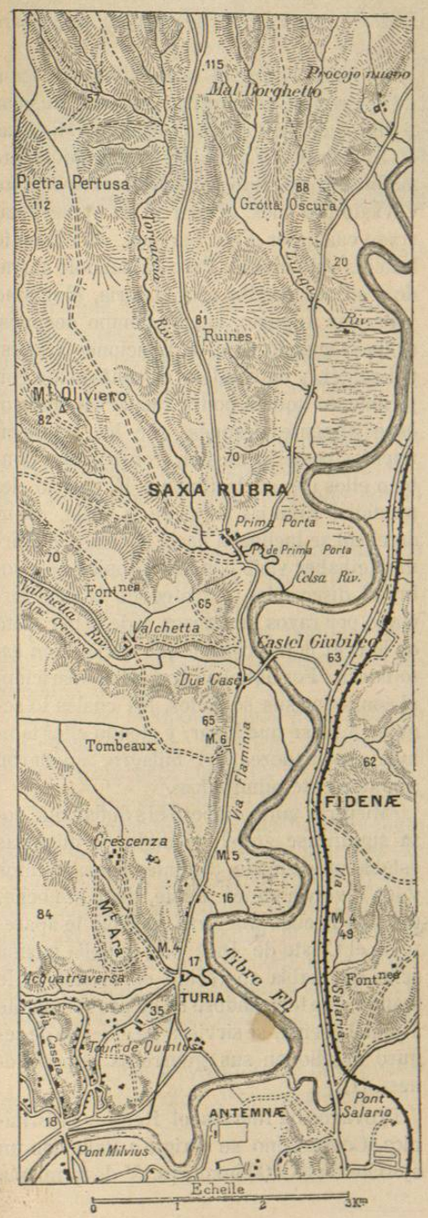
Diocleciano en el año 305, obligado por las ambiciones de Galerio, o, como piensan otros, cansado ya de los cuidados del imperio, abdicó, orillando también a Maximiano a seguir su ejemplo.

La nueva tetrarquía que sucedió a Diocleciano y Maximiano quedó formada por dos Augustos, uno era Constancio Cloro que gobernaba en las Galias y la Británia; el otro era Galerio, cuyo imperio se extendía en las provincias orientales hasta el Tauro. Constancio Cloro tuvo como César a Severo, que administraba a Italia, Rezia, Panonia, Africa y España. César de Galerio fué Maximino Daza.

En el año 306 murió Constancio a quien sucedió en el poder su hijo Constantino. En este mismo año, el 28 de Octubre, valiéndose los pretorianos del descontento de los Romanos por la revisión del catastro mandada por Galerio con el propósito de imponer los tributos de capitación aun en Roma, que siempre se había considerado exenta, proclamaron emperador á Majencio, hijo de Maximiano, gobernando las provincias de Italia, Roma y el Africa.

Severo, apoyado por Galerio, le declaró la guerra a Majencio en Febrero de 307, y organizó una expedición para combatirlo; pero la fortuna le fué adversa, porque Majencio, unido con su padre Maximiano en el gobierno, lo derrotó en Ravena, tomándole prisionero. Galerio Augusto, al ver el desastre que había sufrido Severo, formó el propósito de combatir á Majencio y se acercó hasta las inmediaciones de Roma; pero juzgando por las murallas que la rodeaban que la resistencia habría de ser dinturna, e incierto además de la fidelidad de sus soldados, retrocedió dejando a sus soldados que invadieran las regiones por donde atravesaban. Para vengar Majencio las depradaciones que los soldados de Galerio cometieron en sus dominios, dió muerte a Severo.

El puente Milvio.



Plano de la batalla de Saxa Rubra.

Poco tiempo después, Constantino era cuñado de Majencio (31 de Marzo), habiéndose unido en matrimonio con Fausta, hija de Maximiano. Dejándose dominar este príncipe por una ambición desmedida, quiso él solo tener el gobierno de Roma e intentó despojar a su hijo Majencio. Fracasó completamente Maximiano en sus propósitos, porque las guarniciones que pensaba inducir a la rebelión, temiendo la severidad de la disciplina militar, permanecieron fieles a su emperador. Temiendo entonces Maximiano por su vida, huyó a las Galias, donde se refugió con su yerno Constantino y con su hija Fausta. La benigna acogida hecha por éste al prófugo Maximiano, fué sin duda alguna la primera chispa de aquel incendio de odio contra Constantino, que habría de consumir más tarde el corazón de Majencio. Es fácil comprender su encono, cuando en la primavera de 309 substrayéndose España a su cetro, se puso bajo las órdenes de Constantino.

Este, por su parte, conociendo los sentimientos de Majencio, en el mismo año 309, se alió con Licinio, sucesor de Galerio, en el imperio de una parte de Oriente.

Al siguiente año, 310, Maximiano siempre soñando en ceñir a sus sienes una corona, por dos veces abusando de la hospitalidad de Constantino, tramó una conspiración, esperando corromper el ejército y revelarlo contra su legítimo emperador. Constantino le perdonó la primera vez, a la segunda fué castigado con la pena de muerte. Vió entonces Majencio que la muerte de su padre Maximiano le proporcionaba una magnífica ocasión, no sólo para desahogar su odio contra Constantino, sino también para arrebatarle sus dominios. Parece sin embargo,

que hasta el año de 311 disimuló sus proyectos de declarar la guerra a Constantino. Las esperanzas que abrigaba de aniquilar a su adversario no podían ser más halagüeñas: dos de sus generales, Rufino Volusiano y Zena, le habían conquistado el Africa; y Maximino Daza, proyectando una futura guerra con Licinio, había hecho con Majencio una secreta alianza, hasta que llegara el tiempo de declararla en público. No se hizo esperar mucho, pues al finalizar el año 311, Majencio le declaró la guerra a Constantino.

Constantino, hombre sagaz y violento en sus determinaciones, no esperó que Majencio fuera a combatirlo a las Galias, por el contrario, habiéndose cerciorado de la neutralidad de Licinio, prefirió bajar a Italia, no obstante la oposición de algunos de sus generales, para combatir allí a su poderoso enemigo. ¡Halagaba a Constantino la idea de que una victoria alcanzada bajo las murallas de Roma, habría de tener consecuencias definitivas!

No es mi propósito hacer una detallada descripción de los preparativos de guerra para invadir a Italia; además no es fácil imaginarnos los trabajos que suponía en aquellos tiempos una expedición guerrera.

Sabiendo Constantino que Majencio recurría a artes mágicas para conocer el éxito de sus empresas, pensó y de hecho también él consultó á los oráculos. La expedición era arriesgada y humanamente hablando no presagiaba un éxito consolador. El ejército de Constantino era inferior al de Majencio, por la prolongada travesía y los múltiples trabajos del camino, cansado llegaría a las puertas de Roma; además las respuestas de los oráculos en manera alguna favorecían los deseos del emperador, razón por la cual algunos generales de Constantino no sólo en privado sino hasta en público manifestaban su desaprobación. Entonces, dice Eusebio, (el más autorizado biógrafo de nuestro héroe), pensó Constantino a qué Dios debería él recurrir. Pasó por su mente la serie casi infinita de deidades paganas, más ninguna de ellas había dado la victoria a los emperadores que hasta entonces habían intentado humillar a Majencio. Sólo Contancio Cloro, padre de Constantino, desechando a los falsos dioses, había puesto su confianza únicamente en el Supremo Dios, Señor del cielo y de la tierra, y sus empresas habían sido coronadas con los fulgores de de la gloria.

Constantino entonces volvió sus ojos y su corazón a este Dios y le suplicó se dignara ayudarle y dársele a conocer.

Me place narrar el hecho de la aparición de la Cruz a Constantino, con las mismas palabras del historiador Eusebio: «Mientras el Emperador así oraba y humildemente suplicaba, apareció un admirable portento enviado por Dios, el cual si lo hubiere narrado cualquier otra persona, difícilmente hubiera sido creído. Pero habiéndolo narrado a mí que escribo esta historia, el mismo vencedor Augusto, mucho tiempo después, es decir cuando yo tuve relaciones y amistad con él, y habiéndolo él confirmado con juramento ¿quién podrá vacilar en creerlo, especialmente después que los acontecimientos posteriores han confirmado también ellos con su testimonio la verdad del prodigio? Eran las horas de la tarde, cuando el sol se inclinaba hacia el Ocaso, él afirmó de haber visto con sus propios ojos sobre el disco solar, el trofeo de la cruz formado por rayos luminosos, y de haber visto en la cruz la inscripción que decía: *Con esto vence*. Por aquella prodigiosa aparición, él con todos sus soldados, los cuales lo seguían a no sé qué lugar, y siendo ellos también espectadores del milagro, quedaron grandemente admirados».

«Mientras tanto empezó él a dudar qué cosa significase aquel prodigio, y mientras estaba preocupado con tales pensamientos y los revolvía en mi mente, llegó la noche, durante la cual, mientras dormía, le apareció el Cristo de Dios con aquella misma señal que había aparecido en el cielo, y le mandó, que formándose un lábaro semejante a aquella señal, se sirviera de él como de seguro auxilio en sus guerreras expediciones». (1)

Provistos de fuerzas el Reno y la Británica, Constantino se dirigió a Italia con un ejército de 35.000 hombres. Y de la misma

(1) Libro I Cap. 28 29.

Victoria de Constantino y rotura del puente de Majencio sobre el Tíber

manera que los emperadores que le antecedieron en esta expedición, tuvieron su dios protector y prefirieron su emblema, Constantino izó la cruz como estandarte imperial.

Aunque las aguas del bautismo aún no lavaban la frente del Emperador de las Galias, su corazón ya latía impulsado por el fuego del amor divino....

El primer laurel lo conquistó en Susa, los demás en Turín, Brescia y en aquella sangrienta batalla de Verona.

Recuperadas en parte las perdidas fuerzas, marcha Constantino con su ejército sobre la ciudad de Roma.

Siguiendo la hipótesis más autorizada de Aureliano Vittore, Majencio se dirigió a *Saxa Rubra* para encontrar á Constantino.

Parece que el primitivo plan de Majencio era el de defenderse en una posición inexpugnable, por el Tíber y las murallas de Aureliano; mas después por razones que ignoramos, o tal vez porque temía una insurrección en Roma, donde le echaban en cara su cobardía, o animado por los oráculos que le habían asegurado la victoria, acometió al enemigo con el fuerte de su ejército.

Pasó el Tíber sirviéndose de otro puente de barcas construído provisionalmente cerca del Milvio y arribado que hubo a la *Prima Porta* por la *Vía Flaminia* colocó su ejército en orden de batalla. Tuvo lugar entonces la primera fase del encuentro. Constantino, como siempre, escogió el lugar de mayor peligro. Por un momento la victoria estuvo indecisa; mientras la caballería de Majencio pudiera resistir al empuje, éste podría abrigar alguna esperanza; pero cuando derrotada completamente empezó á retirarse obligando así a las filas contiguas a ceder más y más hasta las aguas del Tíber, el desorden y la confusión más espantosa reinó en el campo de Majencio. Este se dió a la más vergonzosa fuga. Sus fuerzas, cada vez más acosadas, al fin cedieron. Los pretorianos murieron en sus puestos. Poco después la fuga fué general hácia los puentes; el de barcas sucumbió bajo el peso de la multitud. Se abalanzan entonces sobre el puente Milvio, mas éste ya había sido ocupado por los vencedores; la alternativa fué terrible, o darse prisionero o morir. Majencio pereció entre las aguas ensangrentadas del Tíber.... El día 29 de Octubre de 312, Constantino el Grande, ya cristiano en su corazón, entró triunfante en Roma, siendo reconocido y aclamado por Emperador de Occidente.

PBRO. SALVADOR ESCALANTE PLANCARTE.

LA VICTORIA DE LA CRUZ

Escrito estaba en la antigua ley: «Maldito todo aquel que sea colgado en un madero».

Jesucristo dijo a los judíos: «Y cuando yo sea levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré á mí».

El pueblo judío, instigado por los príncipes de los sacerdotes, escribas y fariseos, a grandes voces pide sea crucificado Jesús: «Crucifícale, crucifícale».

Los apóstoles diseminados por todo el orbe predican á Cristo crucificado, lo que para los judíos es motivo de escándalo y parece locura a los gentiles.

Fué perseguida la Iglesia durante tres siglos; se aparece la Cruz á Constantino con este lema: «En este signo vencerás». Constantino triunfa de sus adversarios, cesan las persecuciones, la Iglesia obtiene la libertad y la Cruz es colocada en los lábaros y coronas de los

La visión de Constantino.

emperadores, remata las cúpulas de los monumentos y se le da el puesto de honor en el hogar cristiano.

Juliano el apóstata, en su ciego furor, quiere acabar con las obras de Dios en la tierra, pero no logra su intento y herido por Dios se ve obligado a exclamar: «Venciste, Galileo». Este es el grito de los impíos al ver su impotencia contra el poder de Dios.

En la consumación de los tiempos aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre, á cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llanto. Y los justos se alegrarán porque con aquella señal vencieron: los réprobos gemirán y en medio de su desesperación se verán forzados á clamar: «Venciste Galileo».

La Cruz tan aborrecida por el impío, es amada por el verdadero cristiano. El cristiano sólo quiere la gloria de la Cruz y por esto repite con S. Pablo: «A mí líbreme Dios de gloriarme, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo».

GERARDO ANAYA.
Presbítero.

EL TRIUNFO DE LA CRUZ

¡Lábaro triunfador del Cristianismo!
¡Amiga cariñosa, que nos guía
desde el cálido beso del bautismo
hasta el beso glacial de la agonía!
Hoy, que el triunfo inmortal de tu heroísmo
himnos el mundo con amor envía,
deja que al himno, que te envía el mundo,
mezcle esta nota de mi amor profundo.

Hoy, en los ecos de mi lira amante,
no has de vibrar entre purpúreas flores;
no en la real diadema, fulgurante
entre claros reflejos brilladores;
ni del templo en la cúpula gigante
extendiendo tus brazos protectores;
ni al ver tu fuerza, que al muslín abruma,
sepultando su imperio en roja espuma.

Tu grandeza es mayor: la del vencido,
logrando en la derrota su deseo;
la del mártir, que encierra en un gemido
su triunfo en el sangriento coliseo.
El canto de tu gloria no es rugido
de coloso que triunfa del pigmeo:
es estertor del que, al morir sin gloria,
une al grito de muerte el de victoria.

Formaron de tu trono el basamento
cuatro siglos de sangre y de agonía.
Cada piedra es un ¡ay! es el lamento
de un mártir, que al morir te bendecía.
Sobre ese firme pedestal sangriento
te fijó Constantino. ¡Hermoso día,
que a gozarlo salieron de sus tumbas
los santos de las hondas catacumbas!

¡Día de gloria fué: de paz, no era!
Tú seguiste clavada en el calvario,
y a las garras sangrientas de la fiera
sucedió la impiedad como adversario.
Fué la lucha arriana más artera,
y gimió hasta su base el santuario
al restallar sus alas giganteas
a ruda tempestad de las ideas.

Pasó también la tempestad arriana:
hizo nido en tus brazos la victoria,
y Arrio pasó, como sombra vana
de los vanos vestigios de la historia.
Brillaba de tu vida la mañana,
te besaban las auras de la gloria,
y el sicambro y el afro y el salvaje
buscaban el amor en tu ramaje.

Tu ramaje, pletórico de vida,
se abrió en flores y frutos sazonados:
respiraron felices con tu egida
los pueblos de virtudes coronados:
el ansia de mirarte engrandecida
lanzó al mar a las huestes de cruzados:
y al mirarte pasar, los anchos mares
convertían sus ondas en altares.

Ya era estrecho el vetusto continente
a la expansión vital del cristianismo,
y de los Andes al macizo ingente
te elevó de Colón el heroísmo.
El mundo entero se sintió creyente:
¡sólo una fe, un amor, sólo un bautismo!
Y al mover tu ramaje parecía
que a compás todo el orbe se mecía.

¡Oasis venturoso de bonanza,
más estrecho y fugaz que venturoso!
Pronto brilló siniestro en lontananza
de Germania el incendio pavoroso.
Hasta el ángel que alienta la esperanza
vagaba por doquier triste y medroso,
viendo caer al cieno marchitadas
por el fuego las ramas abrasadas.

La isla de los Santos, desprendida
de tu tronco vital, rodó a la hondura;
y las vegas del Rhin, faltas de vida,
se cubrieron de noche y de pavura....
¡Y venciste también! Quedó extinguida,
del incendio voraz la llama impura,
con el soplo divino de tu aliento,
que aventó sus cenizas desde Trento.

Más ¡no sueñas con plácida alegría!
En las cenizas que aventó tu mano,
incubaba la larva de esa arpía
que te viene a azotar al Vaticano.
¿Vencerás su sacrílega osadía,
si estriba tu poder en ese anciano,

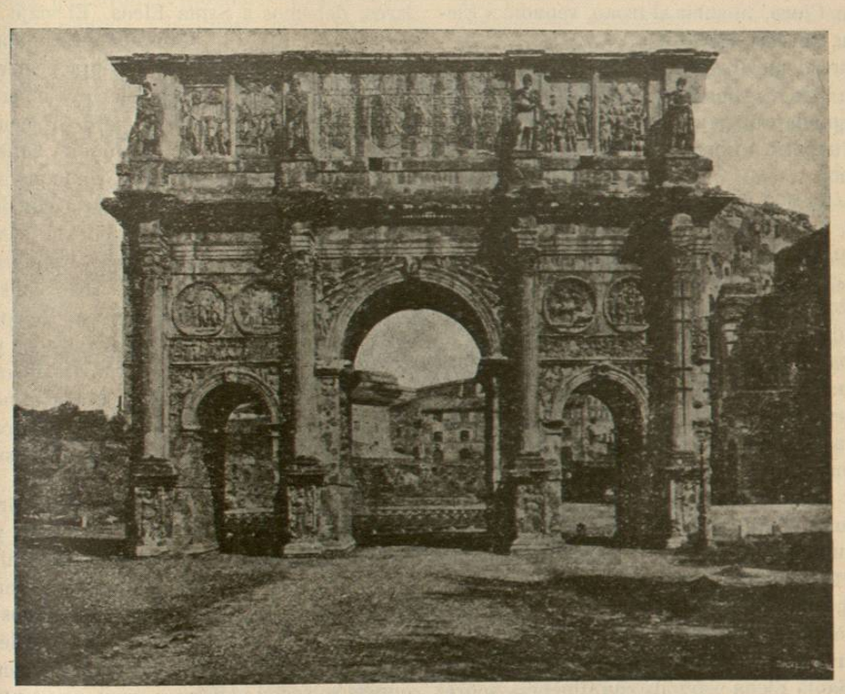
que, abrazado a la enseña salvadora,
de prisión en prisión cautivo llora?

¡Mostruo de las nefandas libertades,
Revolución maldita y despiadada!
¡Basta de sangre! ¡Enfrena tus maldades!
¡Ya alboreó sobre la cruz sagrada
el ensueño ideal de las edades!
¡Es mi Reina! ¡Es María Inmaculada,
que tendiendo sus manos de azucena,
te señala el peñón de Santa Elena!

¡Tristes ruedan los siglos por tu frente
enseña redentora del Calvario!
¡Quise un siglo cantar de paz riente,
y canto de agonía un centenario!
¿Cómo puedes vivir, pobre, impotente,
siendo tan fuerte y rudo el adversario?
¡Si tu vida es un sueño, un desvarío,
que surca de los siglos el vacío!

¡Un sueño, sí, que llena de consuelo
al que, abrazado a tu poder divino,
espera el día en que, rasgando el cielo,
le acerques la visión de Constantino!
¡En que enjugue las lágrimas y duelo
y la sangre del propio peregrino,
que allá en su patria cantará a tu gloria
eternos centenarios de victoria!

ALBERTO RISCO, S. J.



Arco de Triunfo de Constantino.